

La vida es corta

Angela Valdebenito Vidal



Image not found.

Capítulo 1

La vida es corta

En cada ser humano hay un alma que va avanzando, cada muerte es un nuevo comienzo y cada vida que vivimos, una lección que aprendemos.

En mis vidas conocí a muchas personas las cuales siempre recordaré, cada una me dejó una enseñanza con la que pude seguir, cada vida, cada experiencia... también puedo decir que deje una huella en ellos, espero que ellos también hayan llegado a donde estoy yo ahora, o quizá aun están dando vueltas por la tierra aprendiendo las lecciones que necesitan, eso no lo sé, porque ni siquiera podemos reconocernos, tenemos mucha historia detrás, tanta que de repente ya no somos nada, solo queda el infinito recuerdo de todo lo que fuimos.

Capítulo I

"Miedo"

Las rocas aun eran jóvenes, el viento no tenía esa pesadez que lo caracteriza y el agua...el agua hablaba a través de su capa cristalina.

Aquí todo era más fácil.

- Amay, ven - dijo una mujer muy arrugada.

Pero Amay no escuchaba, estaba ensimismada observando a los peces pasar por el río que estaba cerca, parecía que hacían algo, algunos se movían retorciéndose, mientras que otros se alejaban lentamente, hasta que ya no se veían, mientras Amay se preguntaba qué iban a hacer esos peces, la mujer ya un poco avejentada le tiró los cabellos y la pobre casi se muere del susto.

- Deja de mirarlos, no quiero que por tu culpa se vayan a espantar y no vuelvan jamás- dijo la enojada mujer, se llamaba Daya y era una de las mujeres más experimentadas de la tribu; vivían en un bosque muy frondoso cerca del mar, ese día Daya había planeado enseñarle a recolectar frutos a Amay, y también a tejer un pedazo de cuero para

vestir a la tribu, pero el constante embobamiento de la pequeña le estaba empezando a molestar, así que decidió tratarla de la forma más severa posible: palmetazos, gritos y la furia de Daya fue lo que recibió Amay aquella tarde.

Amay solía juntarse con dos o tres niñas con las cuales hacia travesías en los bosques, bebían de las cascadas, olían las flores y cantaban felices las melodías propias de la tribu, Amay siempre destacaba de ellas por su voz, que era muy afinada y diferente, además de sus aventuras en la jungla, con sus amigas practicaban el arte del tejido y el teñido de distintas ropas. Así eran los días de Amay, del bosque a la choza.

Los hombres y mujeres jóvenes de la tribu nunca tenían contacto ya que dentro de sus costumbres esto solo podía suceder cuando llegaran a la adultez, o sea cuando Amay cumpliera sus 15 años recién podía pensar en casarse, pero en sus cortos 10 años esto no estaba aun dentro de sus planes, ella solo pensaba en lo hermoso de su tierra, el azul del cielo, el olor del mar y los peces que aparecían por montones en el río cada año, moviéndose rápidamente hasta desaparecer. Amay se canso de preguntarse hacia donde iban un día y empezó a seguirlos rápidamente, eran muchos y a medida que avanzaban iban volviéndose cada vez más lentos, Amay solo tenía los ojos puestos en ellos, apenas giraba la cabeza para saber en dónde estaba, luego de un tiempo se dio cuenta que algunos peces ya no se movían, sus bocas se movían convulsionadas y sus ojos se abrían aun mas, estaban muriendo.

Amay no se dio cuenta hasta que vio un animal muy grande atrapándolos y comiéndoselos, ningún pez se resistía, todos eran despedazados violentamente por el animal que parecía saber cuando llegaban los peces, Amay se asusto y se sintió muy confundida, no sabía lo que ocurría, pero como la curiosidad pesa más que el miedo se acercó a aquel animal peludo lentamente, de esa manera no iba a obtener ninguna respuesta, pero la estupidez pesa aun mas que la curiosidad.

El animal se dio cuenta de su presencia y cambio su semblante rápidamente, lanzo un gruñido y empezó a acercarse amenazadoramente, Amay se dio cuenta de la tontería que había hecho, el miedo fue más fuerte esta vez y se quedo inmóvil, con los ojos pegados en el animal quien empezaba a aumentar su velocidad pero de repente cuando a Amay ya no le quedaban esperanzas de vivir, una flecha salió disparada hacia el animal, dándole en la panza lo que asustó al animal y salió corriendo inesperadamente hacia la dirección de Amay, quien lanzo un grito de horror al verlo acercarse pero el animal solo alcanzo a rozarle el brazo, lo cual fue suficiente para lanzarla al suelo violentamente, se quedo pegada ahí con los ojos cerrados, inmóvil. Paso un tiempo, y escucho unas pisadas a su lado, pensó que había muerto, como aquellos peces, que el susto la haría inmovilizarse cada vez más, pero al oír esas pisadas se dio

cuenta que seguía viva.

- ¿Estás bien? - escucho.

Empezó a abrir los ojos lentamente y vio a un niño parado al lado suyo, se reincorporó.

- Los peces...- dijo Amay sin pensar y mirando hacia el río, el cual estaba lleno de sangre.

- Aquí vienen a morir cuando le dan sus vidas a los peces-mujer...- le dijo el muchacho con una expresión seria, se veía más grande que Amay pero conservaba en su expresión aun algo del niño que llevaba adentro.

Tenía el pelo castaño, y los ojos con un tono parecido al gris, Amay se quedo viéndolos.

Un silencio se formó entre ambos que luego el muchacho interrumpió.

- Vete con las mujeres, no deberías estar aquí, tampoco debería estar hablando contigo a tu edad.- le dijo el muchacho serio.

Amay atinó a asentir y se fue algo avergonzada, sabía muy bien que no debía hablar con hombres antes de tiempo, Daya le había hablado de eso incontables veces, además de amenazarla con dejarla sin comer si se atrevía, lo cual le hizo sentir mucho miedo, tenía que mentir muy bien.

Se giró rápidamente para ver si el joven seguía allí pero no estaba, sintió algo en el pecho que la oprimió por un momento, pero no supo saber que era.

Los días y las noches pasaron, y Amaya se empezaba a volver una mujer, ya no era más una niña que necesitaba aprender las "cosas de la vida", como le decía la abuela Daya, que ya a su edad y sabiduría con todos los elementos de la tierra, se dedicaba a sanar a aquellos que habían sido maldecidos, e incluso decía que podía ver el futuro. Durante ese tiempo Amaya no había dejado de pensar en el joven que la ayudo aquella vez.

Tenía 15 años cuando le hicieron la ceremonia de cambio de la infancia a la adultez, en el ritual de los hombres se debía matar un animal en específico, mientras que las mujeres mostraban sus habilidades tejiendo enormes mantos de cuero que las acompañarían toda su vida, también había un cambio en la ropa que utilizaban, las niñas usaban ropas más ligeras y de un solo color, mientras que las mujeres se vestían en capas y con diferentes colores, además utilizaban collares y aros que fabricaban con pequeñas piedras de río unidas a cuerdas que estaban formadas por

fibras de distintas especies de plantas.

Amaya fue desnudada y luego pasaron agua mezclada con menta, que la limpiaba de todo rastro de su infancia, luego la secaron y la vistieron con brillantes colores, collares, perlas y flores. Su pelo fue dejado suelto lo cual reflejaba juventud y libertad, las mujeres de edad más avanzada usaban el pelo amarrado en grandes trenzas que para ellas era como el resultado de toda su experiencia.

Luego de vestirla, ella y las demás mujeres que también pasaban por este proceso fueron a encontrarse con los hombres, que tenían la misma edad que ellas, las jóvenes se tomaban el pelo nerviosas mientras caminaban hacia las chozas de los hombres, Amay miraba a todos lados buscando a aquel joven que la había salvado aquella vez, sabía que no lo iba a encontrar junto con los demás hombres, y eso la ponía un poco triste.

Los jóvenes las esperaban con los animales que habían cazado para que ellas los prepararan y comieran juntos, Amay y las demás se dispusieron a cocinarlos.

Cuando terminaron la reunión, Amay empezó a buscar en los alrededores al niño que había conocido en su niñez, pero muy decepcionada tuvo que volver a la parte en que estaban las mujeres de la aldea, ya que no podían quedarse mucho tiempo.

Ya era de noche, y Amay decidió salir a tomar aire, recorrió la típica ruta en el bosque que tomaba cuando era niña, caminó por la orilla del río que siempre solía seguir, hasta llegar al lugar donde se encontró con el oso, allí recordó todo lo sucedido, el ataque del oso, también el miedo que sintió que llegó a paralizarla, y al niño, no podía dejar de preguntarse por que tenía los ojos de ese color, ¿tenía una enfermedad grave?, quizá ya había muerto...sintió que estaba perdiendo el tiempo al intentar buscarlo, se dio la vuelta hacia el camino opuesto, con la intención de devolverse, pero escucho un sonido detrás de ella, se asusto, quizá era un oso, y como si estuviera de nuevo en ese momento, se quedo pegada, paralizada, el sonido se hacía más fuerte, como si se estuviera acercando, Amay se quedo mirando, podrían ser muchas cosas, y de repente, la que menos esperaba, apareció ante sus ojos.

Era el niño de ojos grises, que ya no era un niño, había crecido, su pelo castaño estaba más largo, su contextura, la de un hombre, vestía unas ropas mas holgadas que la de los demás hombres.

Amay sentía muchas emociones al mismo tiempo, alivio, aun algo de miedo, sorpresa, duda, y algo mas, algo que nació la primera vez que lo vio, era como un pajarito, que estaba dentro de ella, y que revoloteaba

tumultuosamente en su pecho.

El hombre se acercó hacia ella, Amay esperaba que la reconociera como ella lo reconoció a él.

- No puedes estar aquí, hay muchos osos rondando...- Dijo el hombre mirándola fijamente.

- ¿Te acuerdas de mí?, me salvaste cuando era niña...- Dijo Amay repentinamente.

El hombre evitó su mirada un momento, como si ya lo supiera, luego la miró otra vez, pero una expresión de tristeza apareció en su rostro.

- No puedes estar aquí...vete - le dijo casi en un susurro.

- Vendré aquí hasta que te acuerdes de mí - Le dijo Amay echándose a correr.

Los días pasaron, y muchas mujeres hallaron esposo, Amaya iba todas las noches a esperar que el hombre apareciera de nuevo, pero sin éxito, empezaba a sentir que su pajarito estaba triste y decaído, como si una de sus alas estuviese rota y no pudiera volar, todo esto lo notó Daya, la cual había bendecido y casado a varias parejas ya.

- Amay, ¿por qué aun no tienes hombre?, te he criado como a todas las demás... - Le dijo en un tono demandante.

- Abuela, lo siento, me duele el pecho, apenas puedo hablar...- Le dijo Amay triste.

- ¿Qué es lo que te pasa?, hay muchos jóvenes que te miran, y que quieren hacerte tu mujer... ¿o acaso te has enamorado de un espíritu?- Le dijo Daya ya un poco enfurecida.

- No, no es eso...iré a tejer abuela, adiós- Dijo Amay retirándose rápidamente.

Aunque Amay mintió sobre su situación, aun así no pudo escapar de las garras de la abuela, quien buscó ayuda de las mujeres para amarrarla y hacerle un rito de sanación.

- Tu lo que tienes es un espíritu...- Repetía una y otra vez Daya.

Entre tantas invocaciones y gritos, Amay terminó perdiendo la conciencia, despertando al otro día en el mismo lugar, se levantó, y notó que las

mujeres estaban con una expresión triste en sus rostros.

Daya había fallecido, todas decían que era por el espíritu que había sacado de Amay, quien le había quitado la vida lo cual Amay sabía que no era cierto, ahora la mujer más antigua de la tribu debía convertirse en la sabia, que tenía como función enseñarle a las nuevas generaciones todas sus costumbres.

La tribu estaba ocupada con el nuevo nombramiento de la sabia, lo que se extendía en varios días de ritos, danzas y gritos, Amaya aprovecho para escaparse de uno de estos ritos, llegó al lugar y empezó a adentrarse más en el bosque, llegó al lugar donde se encontró por última vez con él, y se adentró aún más en él, desconocido para ella, ya que nunca había llegado tan lejos, ni siquiera cuando era un niña.

Algo la guiaba, en su pecho sentía como si el pajarillo que llevaba dentro revoloteara en su interior, susurrándole el lugar en el que se encontraba ese hombre en el que no podía dejar de pensar, detrás de todo el follaje empezó a ver una gran cascada que se sentía como un pequeño lugar en el que llovía siempre, Amay se maravillo de tal espectáculo y se quedó mirándola largo tiempo, pero se dio cuenta de que algo no encajaba con el paisaje, se podía ver a una persona sentada debajo de la cascada, con las piernas cruzadas y sin moverse, Amay un poco asustada empezó a acercarse y se dio cuenta de que era el hombre que le había quitado sus ganas de comer y dormir, se acercó más a él pero ni siquiera abrió los ojos, entonces Amay decidió hablar.

- ¿Qué haces? - Le pregunto en un hilo de voz

Entonces el hombre abrió sus ojos pesadamente y frunció el seño un poco al verla.

- ¿Por qué estás aquí, mujer? , tú no puedes estar aquí, este es mi hogar- le dijo parándose y con un gesto casi amenazante.

- Lo siento...Pero no puedo, necesito verte, me duele el pecho y en mis sueños te veo todo el tiempo... - Dijo Amay mirando el suelo tímidamente, sus mejillas se pusieron rojas y sintió que se estaba quemando.

El hombre la miró con una expresión de sorpresa que luego se volvió de dolor, Amay levantó la cabeza y miró sus ojos grises, y se dio cuenta que estaban aún mas pálidos que cuando lo vio en su niñez.

- Me llamo Ikal, soy el guardián del bosque y canal de los espíritus del agua, tierra, aire y fuego... para esto nací- Le dijo Ikal con una mirada

seria.

Vestía con una enorme piel de oso que cubría toda su espalda a modo de capa, un tapabarro de cuero y un gran collar hecho de plumas y piedras, su pelo estaba suelto y largo, y se había dejado la barba, sus ojos parecían brillar.

- Ikal...- alcanzo a decir Amay pero él la interrumpió.

- No puedes estar conmigo, te lo he dicho muchas veces...- Dijo Ikal apartando su mirada, pero Amay no se rindió, repentinamente toco su cara con ambas manos, lo miro a los ojos, y lo abrazo.

Ikal cerró sus ojos fuertemente y correspondió su abrazo.

- Sueño contigo cada noche...- Fue lo único que dijo Ikal con una expresión de dolor pero a la vez de calma, se había liberado, aquel día que conoció a Amay, había sentido lo mismo que ella.

Amay empezó a llorar, por fin escuchaba las palabras con las que siempre había soñado, la noche parecía más tibia, las estrellas brillaban más, la cascada parecía estar cantando, esa noche, Ikal y Amay se unieron.

Al otro día Amay decidió irse temprano para no ser descubiertos pero sus esfuerzos fueron en vano, los hombres los habían visto y le habían avisado a toda la tribu, Amay percibió la mirada de reprobación de todos ellos, y sintió mucho miedo de lo que podría pasarle, la sabia de la tribu salió de la choza lentamente y decidió poner en palabras todas esas miradas.

- No puedes estar con él, es un hombre-espíritu, nació con un único destino -Le dijo cortante.

Amay asintió y guardó silencio, no dijo nada, el miedo la paralizó, amaba a Ikal pero temía por lo que pudiese hacer la tribu, la cual la transformo en una marginada, era como un fantasma.

Pasaron las lunas, y los peces volvieron al río a morir, Amay se sentía como uno de ellos, moría lentamente.

Las noches para Amay se habían vuelto el único momento en el que podía llorar, sentía que no podía hacer nada, por alguna razón no tenía fuerzas, pero una noche que lloraba desconsoladamente escucho un ruido extraño, se levanto lentamente y miro hacia una pequeña abertura en la choza, era Ikal, Amay se sorprendió pero salió casi corriendo.

- Ven conmigo, escapemos juntos...- Le dijo Ikal en un hilo de voz,

parecía estar cansado de tanto correr.

Pero Amay no dijo nada, se quedo mirando el suelo .

- ¿Qué pasa?, ¿Por qué dudas?

- No puedo ir Ikal...Ellos nos perseguirán y nos matarán, nos usarán como sacrificio para los dioses, la tierra nos odiará, y cada espíritu de este bosque nos evitará... - Dijo Amay con los ojos más abiertos de lo normal, estaba temblando.

- A mi ya nada más me importa...¿No sientes lo mismo que yo? - Dijo Ikal lentamente.

- Ikal...Tengo miedo - Alcanzo a decir Amay en casi un susurro, se dio la vuelta y se metió en su choza sin decir una palabra más.

Ikal se quedo paralizado, bajo la cabeza, y una lágrima se asomo por su mejilla, se dio la vuelta y decidió no volver nunca más.

El sol empezaba a salir de nuevo de las grandes cadenas montañosas, Amay abrió sus ojos aún rojos, se levantó de ese pequeño saco de cueros y piel de animal cocido, salió de la choza y se dio cuenta que todos los habitantes de la tribu estaban mirando en la misma dirección, hacia el mar, enormes barcos se acercaban lentamente, como un final de esos que demoran en suceder, Amay no sabía todo lo que iba a ocurrir luego de que esos hombres pusieran sus pies en la tierra, no sabía que planeaban destruir todo a su paso, y tomar la tierra, el agua y los animales que ellos tanto habían cuidado y adorado, no sabía que iban a mezclarse con las mujeres y formar una nueva civilización debajo de los escombros de la suya, no sabía todo el horror que se acercaba a paso lento, ni tampoco sabía que Ikal se había ido lejos, lo suficiente para no ser alcanzado por esa enorme ola de terror, y que iba a vivir tranquilamente sus días, con su mujer y sus hijos.

Pero que aún así nunca olvidaría su gran primer amor.

